

LIBROS Y LECTORES

APUNTACIONES EXTRAIDAS DEL MANUSCRITO DE UN BIBLIOMANO DESCONOCIDO

Mañana de primavera en un parque. Leo mi libro a saltos: la brisa me da vuelta las páginas.

Como en las cartujas, la comunidad en una sala pública de lectura se compone de aislamientos individuales.

Admirable memoria: recuerda el nombre de todos los que le prestan libros que olvida devolver.

Veo agitarse hacia mi ejemplar, tres veces centenario, del *Arte de amar*, muchas manos descarnadas que me lo reclaman como propio.

Mientras releo un canto de la *Iliada* contribuyo a la inmortalidad de Homero.

Cuando contemplo mis libros y pienso que un día habré de separarme definitivamente de ellos, me consuelo imaginándome el fantasma familiar de mi biblioteca.

El joven y rico heredero, dispuesto a remozarlo todo, mandó al desván los libros más viejos de la casa, es decir, los incunables.

Tres, cuatro páginas leídas con el pensamiento ausente. Vuelvo a la primera como a trepar la misma cuesta, después del desvanecimiento de una caída.

Catálogo razonado: compendio enciclopédico para cursos acelerados.

* *

El doctor Samuel Johnson solía leer mientras masticaba y resoplaba en alguna *beefsteack house* londinense, salpicando —esto va por cuenta de lord Chesterfield— las proximidades de su tragadero.

Don Andrés Bello, que vivió casi ochenta y cuatro años, a los dieciocho, en su Venezuela natal, inspiraba temores al barón Alejandro Humboldt por la debilidad de su constitución física y su excesiva consagración al estudio. Mucho después durante su larga residencia en Chile, “tenía el hábito de continuar leyendo aun acabado de comer —refiere su biógrafo chileno Miguel Angel Amunátegui— y solía decir chanceándose a los que manifestaban temor de que pudiera dañar a su salud el estudio, a semejante hora, sobre todo de materias serias y pesadas como el derecho: las *Partidas* es el mejor digestivo que he encontrado hasta la fecha”.

En cuanto al español “que lo sabía todo”, recuérdese la descripción de Leopoldo Alas: “Junto a una columna de hierro con la puerta de calle a un metro de la espalda, sin sentir el frío que entra por aquella boca abierta constantemente, Marcellino Menéndez y Pelayo almuerza de prisa y corriendo, y al mismo tiempo lee un libro nuevo, intonso, que él va cortando con el cuchillo...”

Clarín no agrega lo que añade Austin Dobson del doctor Johnson: que hubiera abierto las hojas con un cuchillo... *grasiento, a greasy knife.*

Aniversario. "Nuestro" libro se abre en mis manos espontáneamente, sin equivocarse de página.

Eminentes bibliógrafos contemplan el firmamento estrellado, igual que los analfabetos a una gran biblioteca.

Hay libros eruditos que ganarían mucho si se pudiera separar en ellos el licor de su poso. Nos tienta el deseo de inclinarlos como vasijas y empezar la decantación.

Al mirarme amorosamente, oprimía un libro contra su pecho escultural. Por desgracia, dejaba el título visible.

El sátiro de porcelana sonríe en un ángulo de mi biblioteca. A medianoche, cuando apago las luces y me retiro, sopla los cañutos de su flauta. Las hojas de algunos libros se desprenden como de ramas sacudidas y danzan lascivamente en la oscuridad.

Mientras leo esta obra con un retardo de media vida, me embarga el pesar de no haberlo hecho cuando era la oportunidad de aprovechar su mensaje.

Para alcanzar a la mesa y trazar cómodamente sus garabatos, mi sobrino de tres años agrega a su asiento la *Divina Comedia* y el *Quijote*.

Cuando se ve a cierta gente leyendo ciertos libros, cabe preguntarse si aprendió a leer con ese solo objeto.

Es curioso haber llegado al desenlace subterráneo de esta novela policial, volando a seis mil metros sobre el océano.

* *

Ante los títulos poco o nada orientadores de muchas obras de nuestros días, se recuerda la observación de Shopennhauer:

el título de un libro, como la dirección de una carta, no debe prestarse a confusiones; su destinatario es el lector, y la concisión expresiva le anunciará la naturaleza del contenido. Pero el filósofo alemán lo dijo en un trabajo reunido con otros bajo una denominación general compuesta por dos palabras... griegas: *Parerga und Paralipomenes* ("Adiciones y omisiones"), última de sus obras. Y no se olvide que la primera de éstas, o sea su tesis doctoral, llevó este título: *Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, rótulo en el que la madre del autor, novelista e hija de un banquero, creyó adivinar algo destinado a las farmacias...

En casa del entomólogo, los tomitos in-I6º, con sus lomos cascarudos, brillantes, multicolores, distribuidos sobre una repisa, sugieren otra variedad de coleópteros.

Peligrosa distracción: el encuadernador ha pegado en el lomo de *Daphnis et Chloé* el tejuelo correspondiente al de *Paul et Virginie*.

En todo libro de epigramas predominan los epitafios: cementerio burlesco en el que retoza la vida.

Conozco esta obra célebre en varias traducciones, o sea con distintos disfraces, alguno de los cuales la tornan casi irreconocible.

Los libros bien encuadernados, lustrosos, parejos, se ostentan en la fila delantera del plúteo: son ocupantes del departamento con balcón a la calle. Detrás de ellos están los que reciben la luz y el aire que los anteriores permiten pasar. Y en la oscuridad del fondo se asfixian los moradores que sólo tienen el privilegio de figurar con los demás en la misma sección del fichero, como los habitantes de una casa de departamentos en un censo de población.

Lee su libro como bebe su coñac, a cortos sorbos que retiene y saborea un instante, mientras sostiene el volumen con la palma de la mano, como si calentase la copa.

Busco infructuosamente en las primeras líneas de las páginas de numeración par la frase recordada. Seguro de mi memoria visual, me resisto a mirar en las impares.

Cultiva la gratuidad y la selección. Lee exclusivamente libros prestados por amigos de buen gusto.

—Puede usted llevarlos con entera confianza— me dijo el vendedor de una montaña de libros de segunda mano, interpretando mi actitud retraída—. Están recién desinfectados.

Yo había visto asomado el título de una obraapestosa.

* *

Entre los casos de una lectura trágicamente interrumpida, pocos tan conmovedores como el Percy Bysshe Shelley. Al partir de Pisa para embarcarse en Liorna y regresar a su casa, en el golfo de La Spezzia, el 8 de julio de 1822, había pedido prestado a su amigo y compatriota Leigh Hunt el último libro de poemas de John Keats (*Lamia, Isabella, The Eve of St. Agnes and other Poems*, 1820), como lectura de travesía. La temprana muerte de Keats, el año anterior, había sido cantada por Shelley en una espléndida elegía, *Adonais*.

Repentina tormenta hizo naufragar al yate y los tres ocupantes perecieron. Después de algunos días de espera angustiada se descubrió el cadáver del poeta en la playa de Viareggio. Al revisar sus ropas apareció en un bolsillo el volumen de Keats, "abierto y doblado como si hubiera sido introducido en el apuro de una sorpresa". La transcripción pertenece a una carta del propio Leigh Hunt, datada en Pisa el 25 del mismo mes. El poema supuestamente leído era el tercero que figura en el título del libro.

Mi cortaplumas, este sobreviviente de las bien cortadas...

Apostilla de colega en una página final:

“Caro lector, *sans quitter ton fauteuil*, has asistido en este libro al espectáculo de un autor abandonado por sus personajes.”

A la luz de mi lámpara descubro un largo cabello de oro que señala el mensaje de la lectora en una página del libro que me devuelve.

Tardecer en la biblioteca. Penumbra creciente. Los tejuelos se destiñen, las hileras de lomos se confunden, la vaporosidad sumerge los anaqueles en flotante desmenzamiento. Las páginas impresas devuelven su contenido al estado larval del ensueño, de la meditación, del limbo que envolvía aún al pensamiento. Cada grumo de sombra está formado por células de espíritu en suspensión imprecisa...

Una vuelta al conmutador restituye a sus envases el aire elaborado.

Lamentable confusión del mandadero común: Colombina recibe de Arlequín un poema para ser recitado al rayo de luna, y de Pierrot una novela para leer a escondidas.

En cada coleccionista hay un cazador furtivo y un celoso guardabosque.

El editor tenía sobre su mesa de trabajo un tomo in-4º de Racine, magníficamente encuadernado. Levanté la tapa: los habanos eran estupendos.

No puedo hojear la más reciente edición de las poesías de Dante Gabriel Rossetti sin sentirle olor a cadáver. ¿Cómo olvidar que el autor arrepentido extrajo del ataúd de su esposa los manuscritos depositados por él mismo?

Un manual reciente luce este título en rojo sobre blanco: *Sicología*. Autorizado por la Real Academia Española contra razones de sensibilidad y estética, el autor didáctico ha mutilado en esa palabra la vigésima tercera letra del alfabeto griego.

Comentando simplificaciones ortográficas de esa especie en su colaboración al volumen *Trois siècles de l'Académie Française* (1935), Henry Bergson recordaba haber oído declarar a un profesor francés de filosofía que si se llegase alguna vez a escribir *philosophie* como *ficelle* (ardid), le sería imposible conservar el mismo respeto por la ciencia que enseñaba.

La ortografía puede influir en el espíritu para establecer aproximaciones peyorativas: en adelante, sicólogo evocará a sicofanta.

Item: En el citado trabajo se refiere también Bergson a una discusión, de la que fue testigo, sobre la palabra *lis* (lirio o azucena). Se defendió en ella la grafía *lys*, porque la forma de la letra *y* sugiere graciosamente el cáliz y el tallo de la flor nombrada.

Entre mis ojos y el libro que leo suelen interponerse rostros y paisajes que velan mi lectura.

Las sucesivas necrologías de toda autobiografía...

Se ha dado el caso de que la popularidad de un *best seller* no dure mucho más que el cetro de esas reinas de certámenes anuales.

Me regala un ejemplar lujoso de su obra: cien páginas en papel imperial Japón. ¡Qué lástima! Están impresas.

Hace años no salía de casa sin su bastón de puño de plata. Ahora lleva un librito elegante: completa el rebuscado indumento y ocupa la mano.

Verano. Me adormezco en la mecedora con un libro sobre las rodillas. Y oigo al moscardón continuar mi lectura.

En la antología más perfecta cada lector deplora algunas inclusiones y omisiones.

Salón de lectura del Club. El empleado me trae un libro que no es el pedido por mí. Y apenas se aleja para subsanar el error, me arrepiento de no haberlo aceptado calladamente. ¿Cuál de sus páginas me anunciaba el velado designio de los dioses?

Al hojear distraidamente en mi presencia la última novela de su afortunado rival, el ilustre escritor halló una mariposita aplastada entre dos páginas, y señalándomela, dijo en voz baja: "No podrá pensarse que fue víctima de la luz. . ."

* *

"Las damas de Buenos Aires son, en general, mucho menos aficionadas a la lectura que las de los Estados Unidos, aunque mucho más que las de Nueva Orleans."

Esta observación pertenece a un joven norteamericano, muy culto, E. M. Brackenridge, que llegó al Plata a fines del verano de 1818 como secretario de la misión enviada por el gobierno de su país, y se la encuentra en el capítulo IV de su *Voyage to Buenos Ayres*, publicado en Londres dos años después. A continuación de aquellas líneas se leen estas otras: "La literatura española es, en efecto, más rica que la francesa en obras que combinan la instrucción con el entretenimiento. Tuve oportunidad de ver a la hermana del señor Frías leyendo una traducción de *Pamela*, y me dijeron que las novelas de Richardson gozaban allí de verdadera estimación."

La lectora era hermana de Félix Ignacio Frías, joven abogado, secretario del Cabildo y padre de un niño que llevaba su primer nombre y no tenía aún dos años. La familia, de origen santiagués, era profundamente católica, y aquel niño llegaría a ser uno de los prohombres del catolicismo militante porteño. Pero la señorita Frías, que diez años antes había considera-

do a los ingleses, invasores de la capital del virreinato, hijos directos del demonio, y creído que ocultaban la delatora cola, denunciada a la población por sus pastores virreinales, se deleitaba, como varias de sus amigas, durante los días no menos épicos del Directorio y las campañas sanmartinianas, con las obras edificantes y a un tiempo recreativas del virtuoso Samuel Richardson, guía de almas a través de los henchidos epistolarios de sus tres novelas.

Pamela Andrews o la virtud recompensada, en traducción castellana, había llenado ocho tomitos en 8º, aparecidos en 1794 y 1795 en Madrid; *Clara Harlowe*, traducida del inglés al francés por M. Turner y del francés al castellano por Joseph Marcos Gutiérrez, necesitó once (Madrid, 1794-1796); *Historia del caballero Carlos Grandison*, traducida directamente del idioma original por E. T. D. T. (Madrid, 1798), sólo requirió seis. Esos veinticinco tomitos empastados circulaban en Buenos Aires entre las buenas amistades, de una casa a otra, igual que la fuente de plata potosina con sabrosa humita, o se agrupaban, inmóviles y misteriosos, sobre repisas o pequeños muebles de jacarandá, a modo de objetos decorativos. Guardaban, entre sus tapas duras y rugosas como caparazones, el encantamiento de la soledad, el venero de generosas lágrimas y la confortación del espíritu. Media Europa había comprobado los milagrosos poderes de esas cartas cuyo directo destinatario era el corazón humano. La ciudad platina no les cerraba el suyo.

Brackenridge nos habla con elogio de Félix Ignacio Frías. Hicieron amistad y el extranjero frecuentó el hogar de su valioso informante. En algunas de esas reuniones la señorita Frías debió de esperar, con calculada imprevisión, al visitante. Y éste la sorprendió en el patio, entre jazmines y geranios, sentada en una mecedora y absorta en la lectura. . .

He aquí el diario íntimo de mi amigo, formado, en parte, por anualidades adelantadas.

Se arrellana en un sillón de la biblioteca del Casino, junto al fuego, para entretenerse con los *Viajes* de un explorador polar.

Sospechoso ejemplar de la escabrosa novela: huele a cirio y a sahumero.

La jovencita entró tímidamente en la lujosa librería, y dirigiéndose al dueño, un cincuentón elegante, dijo con voz entrecortada:

—Quisiera... una de historia de amor... de amor apasionado...

El librero tomó una rosa del búcaro próximo y se la ofreció con exagerada reverencia.

El librejo extraído del fondo de un alto estante donde yacía olvidado, cubierto de polvo y telarañas, llega a mi mesa como una botella de gran día.

¡Eres un lector tan exigente! Persigues al autor en las entrelíneas y desearías examinar los borradores.

Absorto en el relato llego hasta la mitad del libro y advierto que al ejemplar le falta el pliego siguiente. Continúo como el excursionista al que la niebla le suprime un buen trecho del panorama desconocido.

Un autor amigo me envía las pruebas de página de su último libro con este saludo: "Visita en mangas de camisa".

Levantó los ojos del libro que leía. La brillante compacidad de una nubecilla solitaria empezaba a deshacerse en la vastedad inmóvil del cielo crepuscular. Cerró el volumen de golpe, como si atrapase una mariposa.

••

A. E. Housman, poeta y humanista inglés, traductor de los trágicos griegos y de Horacio y profesor en Cambridge, fallecido en 1936, escribió un breve ensayo titulado *The Application of Thought to Textual Criticism*, al que pertenece esta sentencia destinada a toda clase de críticos e investigadores:

“El conocimiento es necesario; el método es conveniente; pero lo indispensable es tener una cabeza, no una calabaza (*pumpkin*) sobre los hombros, y sesos, no un budín (*pudding*) dentro de ella.”

En el remate de la biblioteca que perteneció a un famoso tribuno, enmudecido para siempre, adquirí este volumen profusamente señalado y apostillado por su mano. Los amplios márgenes están llenos de interrupciones, de ataques, de réplicas que me evocan su voz, sus gestos, sus ademanes. Y me deleito con este debate en que revive el orador para mi exclusiva intimidad.

El hueco de un libro en el estante inmediato. Lo siento, me preocupa, me acompaña como si fuese el de uno de mis dientes.

En la polvorosa buhardilla —camastro, silla derrengada, espejo turbio, trapos y cacharros—, el modesto ejemplar de la gran obra, abierto sobre la mesa pringosa, irradia un esplendor que enaltece a todos los pisos de la vieja casa.

Hay también un Puck de las bibliotecas. Invierte, escamotea, disfraza los volúmenes; confunde las distribuciones; provoca el deslizamiento y la caída de diez tomos cuando pretendemos sacar uno; hace desaparecer los señaladores de la página en que interrumpimos la lectura; embrolla las acotaciones marginales para que no sepamos qué quisimos destacar, glosar o corregir; vuelca los ficheros; esconde los lápices, y recordando sus travesuras del bosque, debe ser él quien abre las ventanas al viento que da alas a los papeles, y el que cultiva hongos en los libros, y despega las encuadernaciones como cortezas, y administra el

polvo y comanda la invasión de los insectos en cualquiera “noche de verano”.

Vuelvo a hojear estas páginas que leí apasionadamente en mi juventud, con la esperanza de arrancarles ecos de mi corazón.

Decenas de libros dedicados por sus autores al crítico fallecido hace poco y juzgados por él severa o generosamente, se ofrecen con los pliegos sin abrir en una librería de lance.

Parecía aislada en su lectura: ocultaba un espejito entre las páginas.

La impúdica errata de la primera edición de un gran libro que motivó su destrucción voluntaria, fue antaño bochornosa y execrable y hoy se exhibe orgullosamente en las vitrinas del bibliófilo poseedor de un ejemplar salvado.

Como guardianes de un mundo, los dos pequeños faunos de bronce mantienen firmes, inmóviles, a todos los tomos de una Enciclopedia.

* *

En el último párrafo del primer testamento, datado en Civita Vecchia el 25 de diciembre de 1834, expresó Stendhal, refiriéndose a los originales de su novela *L'orange de Malta* — que en la edición póstuma se titula *Lucien Leuwen ou L'Amarante et le Noir*— este deseo exigente: *Je voudrais que ce livre fut écrit comme le Code civil. C'est dans ce sens qu'il faut arranger ses phrases obscures ou incorrectes.*

La indicación, convertida en consejo estilístico, ha dado la vuelta al mundo. Pero suele olvidarse que el novelista pensaba exclusivamente en el Código de Napoleón.

El señor del castillo, sin despojarse aún del guantelete, hojea el libro de horas y descubre entre dos páginas profusamente miniadas, unos pétalos todavía fragantes que no pertenecen a la flora de la región.

Los libros leídos con desgana durante una lenta convalecencia, parecen devolvernos, al repasarlos, vértigos y angustias de recaída.

En la autobiografía de Narciso —circula bajo distintos nombres—, el contemplador extasiado es el espejo.

La frecuente reticencia en la expresión, ese antifaz de su rostro literario...

En todo libro de recuerdos, hallo los míos.

Aseguran que tiene copiado a máquina y escrupulosamente corregido su epistolario, que podrá ir a la imprenta en seguida de su muerte. Se trata de cartas escritas con esa providencia ulterior, a través de cuarenta años de vida literaria.

El pequeño lector, vencido por el sueño, cierra su libro de escaso texto y seductoras ilustraciones, y lo esconde bajo la almohada. Guardián del tesoro, evitará la fuga y la dispersión de seres y cosas propensos a desaparecer en el aire y la oscuridad. Su mejilla arrebolada echa llave al cofre de la noche.

Mientras leo la hermosa novela en este manoseado volumen de biblioteca circulante, me asombra que su texto conserve la virginidad del ejemplar intacto.

El libro, ese objeto usual del espíritu...

••

Democrático por antonomasia, pero fascinado por los encantos personales de Margarita de Saboya, Giosue Carducci escribió una oda —“bárbara”, naturalmente— a la reina de Italia. Hubo un alboroto de ocas. Muchos republicanos tan ciegos para el *eterno femminino regale* como sordos para los complejos acentos de la estrofa alcaica, gritaron de indignación. Un lector de la inmensa mayoría, probablemente apolítico, sometió su doble perplejidad al propio autor en estas líneas:

“El que suscribe, habiendo leído su Oda a la Reina y no habiéndola entendido, desearía su traducción en prosa. Adelanta los agradecimientos.”

Tarde otoñal en el parque. Cae silenciosamente una hoja dorada sobre mi libro y cubre el soneto que me disponía a leer, titulado “Venus”.

Mis rosas de anteayer, desfallecientes en su vaso, se deshojan sobre el libro que leo, pidiéndole sepultura.

A mitad del párrafo que intensifica la dramaticidad del relato, tipográficamente dividido entre las últimas líneas de la página de numeración impar y las primeras de la siguiente, no pudo volver la hoja. Mientras intentaba despegar los bordes rebeldes, primero con los dedos humedecidos, luego soplando y finalmente combinando ambos procedimientos, pensó que la burlona interrupción le aflojaba la tensión expectante, como cuando se corta la película en medio del “suspenso”.

Obra completa del gran lírico en novecientas páginas de papel Biblia. Campo de concentración donde los poemas se tocan, chocan, se sofocan.

Imagino una casa repentinamente abandonada por sus moradores. La lectura interrumpida ha dejado abierto sobre una mesa un libro seductor. Fluyen sus palabras como los aromas de un pebetero. La casa se perfuma y lo ignora.

La impaciente lectora hace, como a escondidas de sí misma, una furtiva exploración por las últimas páginas de la novela que ha empezado a leer.

El cenicero junto al libro. Conjunción de espirales.

Sobre el mármol rojizo de la mesa del gran *hall*, el largo guante crema, a medias vuelto, conserva la forma de una mano fina, junto a la esquila estrujada y al devocionario forrado en piel negra y brillante, del que pende una florecilla lán-guida.

Apolo reemplaza su lira por la máquina de escribir.

* *

El aislamiento familiar que experimentó John Keats en diciembre de 1818 al perder a su hermano y compañero Tom y hallarse en Londres alejado de sus otros hermanos, George y Fanny, residentes en los Estados Unidos, le hizo imaginar la supresión de tan enorme distancia mediante la comunicación simultánea de sus espíritus. E indicó en una carta a los queridos ausentes:

“Yo leeré un pasaje de Shakespeare los domingos a las 10. Vosotros leeréis uno al mismo tiempo. Y nos sentiremos tan cercanos como pueden estarlo personas ciegas en una misma habitación.”

Semejante al insecto transportador de polen, sonsaca a sus amigos de talento juicios sobre las obras de actualidad y los hace circular, como propios, en los ambientes que frecuenta.

Al proponerme continuar la interesante lectura, momentáneamente interrumpida, no encuentro mis anteojos. Supongo que debe experimentar algo parecido el cazador afortunado en los primeros disparos y sin cartuchos para la próxima bandada.

Me regala sus *Memorias*, compuestas en la senectud con las ilusiones de la mocedad.

Reunión de escritores.

— El director de una biblioteca del Estado —dice uno de ellos— me asegura que faltan las ediciones originales de muchas obras famosas de nuestra literatura del siglo pasado en las principales bibliotecas del país.

Hace una pausa, y agrega:

— Sugiere que donemos ejemplares de la primera edición de nuestros libros para un depósito especial. . .

— Felizmente —interrumpe un poeta— no los pide de la segunda.

“A cada tamaño, su color”, me explica el satisfecho coleccionista, arrobado ante los lomos estridentes.

Pidió como última gracia ir al banquillo con un libro. No sabía leer.

Paseo con un escritor amigo. Entramos en una librería de lance y revolvemos separadamente mesas próximas. Asoma en la mía uno de sus mejores libros; lo abro: está dedicado por su mano con gran afecto. Lo oculto entre otros cualesquiera y pido disimuladamente al vendedor que me los empaquete.

Cada vez que interrumpe la lectura, dobla la hoja: señala su avance con cicatrices.

El bibliófilo funerario conquista afanosamente preciosos ejemplares para depositarlos en un nicho de su necrópolis.
R. I. P.

* *

Sucesivamente paje, soldado, ayuda de cámara del rey, escudero, diplomático, miembro del Parlamento, contralor de los

derechos y subsidios sobre las lanas, las pieles y los vinos para el puerto de Londres; hoy en la abundancia, mañana sin recursos; ora pensionado por las arcas reales, ora a la espera de que le restituyesen la pensión. Godofredo Chaucer (1340? - 1400), padre de la poesía inglesa, fue siempre un enamorado de la soledad en compañía de un buen libro. Hombre de mundo y de mundos, y lector aislado. En sus tiempos de aduanero, al dejar en orden sus cuentas del día, volaba a su casa, anhelante y silencioso, eludiendo saludos y charlas de los vecinos, para encerrarse a leer. Era su baño lustral. El mismo nos lo dice por boca (o pico) del águila, en su poema *La casa de la fama*:

*For whan thy labour doon al is,
And hast y-maad thy rekeninges,
In stede of reste and neue thinges,
Thou gost hoom to thy hous anoon;
And, also domb as any stoon,
Thou sittest at another boke,
Til fully daswed is thy loke,
And livest thus as an hermyte,
Although thyn abstinence is lyte (¹).*

También nos ha dicho los libros que tenía en su casa (*Sixty bokes olde and neue*, sesenta entre viejos y nuevos), y sabemos que eran sus predilectos, además de los poemas trovadorescos y las obras de sus inspiradores italianos, la *Eneida*, las *Metamorfosis*, algunos de Cicerón y la *Consolación*, de Boecio, que él tradujo del latín al inglés. Consideraba a los libros —lo declara en el prólogo de *La leyenda de las buenas mujeres*—, a los viejos libros, testigos del pasado, cofres de sabiduría anti-

(¹) "Cuando termina la tarea / y cierras tus libros del registro, / no te das placer ni descanso, / y vuelves ansioso a tu casa, / donde, mudo como una piedra, / y sentado ante otro libro, / lees hasta que se te nubla la vista; / y así pareces un ermitaño, / a pesar de que es poca tu abstinencia". Libro II, versos 652-660.

gua y llaves del recuerdo histórico. Y les expresaba su gratitud en versos confidenciales:

*And as for me, thogh that I can but lyte,
On bokes for to rede I me delyte,
And to hem yeve I feyth and ful credence,
And in myn herte have hem in reverence
So hertely, that ther is game noon
That fro my bokes maketh me to goon,
But hit be seldom, on the holyday... (2)*

Pasarse el día de fiesta en casa con los libros amados, ¡qué placer sin par! Nada ni nadie lograba arrancar al lector de su paraíso exclusivo. Salvo que...

Salvo que, llegado el mes de mayo, los pájaros le anunciaban el nuevo florecimiento de los campos. Entonces, ¡adiós mi libro y mi devoción! *Farwel my bok and my devocioun!*

Sí, al llegar el mes de mayo —agrega el poeta— la luz del día no lo hallaba nunca en cama: íbase al campo a sorprender el entreabrirse de su florecilla al sol:

*...whan comen is the May,
That in my bed ther daweth me no day
That I nam up, and walking in the mede
To seen this flour agein the sonne sprede...*

Sólo con verla se le disipaban todos sus pesares. También asistía a su recogimiento, al caer la tarde, pues temerosa de la noche, la margarita, ojo del día, *day's eye*, se oculta junto con el sol.

Y así, en el amor de mayo y de la margarita, “emperatriz de todas las flores”, Messere Chaucer rendía culto a los trovadores de Francia que le habían enseñado el arte de los pájaros, y rejuvenecía su corazón.

(2) “Para mí, no obstante mis pequeñas luces, / los libros constituyen el mayor deleite; / pongo en ellos mi fe y mi confianza, / y los reverencio en mi corazón, / con tal ardor, que no hay placer que pueda apartarme de ellos, / sino raras veces, en los días festivos”. Versos 29-35.

Pero la margarita, ¿no era, no es también un libro? ¿un libro universal de predicciones?

Sí, no; sí, no...

Entre los primeros ejemplares de una edición en prensa, ya están comprendidos los sedentarios y los nómadas.

Con los libros anunciados por sus autores como obras en preparación o próximas a aparecer, y que nunca se publican y quedan sólo como títulos anticipados, podrían formarse grandes bibliotecas... nominales.

Ese lector que curioseaba en la librería un volumen con los pliegos sin abrir, parece examinar un fuelle.

En las contestaciones a una encuesta periodística entre escritores sobre las veinte obras de la literatura universal que elegirían si hubieran de retirarse por largos años a una isla desierta, se advierte inmediatamente que casi todos han tenido en cuenta, más que sus preferencias personales, la publicidad de las respuestas.

Este libro es también un *vase brisé*: después de los primeros capítulos, frescos y luminosos, se agota por oculta grieta.

El pliego de dieciseis páginas escapado del capítulo correspondiente para instalarse en otro del mismo ejemplar, sólo es un bromista; pero si ha desaparecido del conjunto es un estafador, y si se encuentra repetido, en reemplazo del ausente, su honradez no sirve para nada.

Mi sobrino de tres años entra en la biblioteca.

— Tío, ¿vamos a jugar? —Y señalando con un dedo los volúmenes alineados:— Tú me bajas los ladrillos y yo te hago una casa.

¿Qué libro elegir para dejarlo, con distracción premeditada, cerca de unos ojos hermosos de mujer que devorarán su título?.

El breviario aspira al facistol.

* *

A mediados de 1841, Florencio Varela le escribía, desde Montevideo, a Juan María Gutiérrez, en Buenos Aires:

“Tengo el original del *Paraiso perdido*, pero es ajeno, y no me gusta tener libros que no son míos. Ruego a V. me busque ahí un ejemplar de Milton en inglés, lo más completo posible: si es de buena edición y está encuadernado, me alegraré más”.

Todo trasunta en esas líneas al buen amante de los libros: la exclusividad de la pertenencia, el amor a la edición cuidada y a la encuadernación protectora.

Dicen que posee una erudición de catálogo: nombres, títulos, fechas. No conoce nada por dentro.

El libro con los pliegos sin abrir se mantiene fiel a su destino mientras permanece expuesto en los estantes de su comercio, aunque demore años en venderse. Pero lo frustra si su virginidad se prolonga indefinidamente en poder del lector.

La bibliomanía es la semántica del azar.

“Puedo asegurarlo —terminó el viajero observador, ante el auditorio de damas y caballeros que lo escuchaban entre sorbos y mordiscos—, pues venía mirándolos, con detención y sin impertinencia, dado que estaban enteramente absortos en la lectura de sus respectivos libros: ella, en *La guerra y la paz*, volumen de llamativa cubierta, y él, a su frente, y a mi lado, en una edición reciente de *El inglés de los güesos*. Después de cruzar el largo túnel de tinieblas estremecidas, mi compañero de asien-

to tenía en sus manos ¡y al revés! la novela de Tolstoy. Ella continuó serenamente la lectura de... Lyneh."

Cuando la fe de erratas incluye enmiendas de expresión, el error se declara vergonzante.

Al sorprender a mi amigo en la terraza de un piso décimono leyendo un informe sobre excavaciones arqueológicas, recordé de pronto las *Lettres persanes* de Montesquieu, donde el oriental llegado de Ispahan, en 1720, juzga tan altos los edificios de París como si estuviesen habitados únicamente por astrólogos.

El clásico expurgado *ad usum delphini* ha perdido la tercera parte de su texto. Se la encontrará en el ejemplar escondido debajo del colchón.

El bibliómano regresa de su viaje por tres continentes con libros en lenguas de las que ignora hasta el nombre.

Yo solo soy el contemporáneo de todos los libros de mi biblioteca.

* *

Consciente de la importancia "capital" que tiene el nombre propio del protagonista en una obra de imaginación, Gustavo Flaubert quiso asegurarse que el elegido para el de su novela *L'éducation sentimentale* no pertenecía a ninguna persona de Nogent, la supuesta localidad nativa. Pero ya publicada, se le informó que una familia del lugar llevaba el apellido empleado y se proponía hacer una reclamación. Lejos de alarmarse, como era de esperar, el novelista, enamorado de su Frédéric Moreau —joven, buen mozo y en varios aspectos su autorretrato— consideró que nadie debía sentirse molesto por la coincidencia, tratándose de un personaje tan "chic".

Dedicatoria elegíaca de un libro que nunca escribiré: *A la querida memoria de mis borradores.*

El hallazgo de un título suele originar muchas obras.

Se decide a publicar su diario íntimo. ¿Lo ahoga el secreto o fue escrito con esa finalidad?

... Finalmente, el más anciano de los comensales, conocido bibliófilo y hombre parco y de escaso humor, contó lo suyo con voz poco firme:

“Yo también he sido protagonista de un episodio extraño que hubiera podido ser tema de Hoffmann. He aquí el caso. Adquirí en Estrasburgo, después de la primera guerra mundial, un incunable con iniciales coloreadas que se caracterizaban por parecer surgir de entre llamas devoradoras. Había pertenecido a la biblioteca de un castillo en ruinas sobre el Rin, entre Oberwesel y St. Goar, casi frente al peñaseco Loreley. La tradición del lugar aseguraba que el castillo había sido un nido de fantasmas desde el siglo XVI. De regreso al país, traje mi incunable alemán y lo incorporé a las mejores piezas de mi colección. Una noche —hace de esto unos cuarenta años y nunca lo he contado a nadie—, una medianoche, en mi casa de Olivos, oí desde el dormitorio cierto ruido persistente que llegaba de la contigua biblioteca. Salté de la cama y me dirigí cautelosamente al salón. En la oscuridad se destacaba algo así como una caja de cristal, iluminada por dentro, que correspondía al formato del incunable, dejado por mí sobre una mesa después de haberlo mostrado a un amigo, poco antes, y de su interior salía un rumor de colmena convulsionada. Di vuelta a la llave más cercana de la luz, se iluminó el recinto, y avancé. Inmediatamente cesó el rumor y se apagó el misterioso foco. Al intentar abrir el libro sentí que sus duras tapas me quemaban; busqué protección para hacerlo, y todo el precioso infolio, reducido a cenizas, cayó a mis

pies... Guardo las tapas chamuscadas y una inicial llameante, que recogí intacta y en la que he visto la advertencia de lo inescrutable.”

No es un libro que pueda leerse en voz alta. El rubor se escuda en el silencio.

Ejemplar VII de los XV de la tirada más costosa. Gran papel filigrana, excelente impresión, innumerables erratas.

“Leo en su alma como en un libro”. ¡Qué mal debes conocerla!

Sólo yo sé entre qué páginas de cierto libro se extiende el páramo glacial de tu ausencia.

Ese encuadernador que recorta los márgenes como si podase su parra...

* *

William Hazlitt (1778-1830), “pintor, crítico, ensayista”, como dice su epitafio, escribió en 1821 un ensayo acerca de la lectura de libros viejos —o no precisamente contemporáneos— que comenzaba con esta declaración terminante: *I hate to read new books*, “Aborrezco leer libros nuevos”. Cuatro años después, durante el viaje de bodas con su segunda esposa, escribió en Florencia otro ensayo sobre la lectura de libros nuevos, en el que empezaba por declarar que no se explicaba el desmedido afán de la mayoría de los lectores por ellos, como si ya conociesen todo lo escrito y publicado anteriormente. “Si yo no he leído un libro —puntualizaba—, es nuevo para mí, haya sido impreso ayer o hace trescientos años.”

Volvió a Inglaterra solo, pues la segunda esposa decidió romper los vínculos conyugales y quedarse en el “continente”, por celos, según se dijo, de la primera. Y en 1828, con el presen-

timiento de un fin próximo, el ensayista se despidió del género en un breve trabajo: *A Farewell to Essay-Writing*. Declaraba en su primera línea: “Alimento, calor, sueño y un libro, es cuanto pido ahora.”

Indudablemente, no sería un libro “nuevo”.

Siempre han de tocarme a mí esos ejemplares que llevan como sello en alguna página la impresión digital del operario descuidado.

Cautivo por este clásico, al levantar los ojos hacia el resaca-cielos de enfrente doy un salto de varias centurias a través de los vidrios de mi ventana.

Recoger un libro alzándolo por una de las tapas es como levantar un pájaro muerto asiéndolo de un ala.

Maese Polichinela nos recibe en su fastuosa mansión. Pasa-nos a la biblioteca; saca de una vitrina un ejemplar ricamente encuadernado, y antes de mostrar el título nos señala el ángulo de la primera página en blanco, donde conserva la cedulilla con el precio.

Olvidado, tal vez abandonado y, como si hubiera sido interrumpida su lectura, abierto, quedó el libraco sobre un banco del parque municipal, hacia el mediodía. El sol le dio calor de nido. Lo visitaron una avispa, una libélula, un escarabajo. La brisa del crepúsculo volvió sus páginas juguetonamente. La noche tormentosa lo sometió a un escamoteo de tinieblas y relámpagos. Amaneció lloviendo. Empapado, chorreante, revolcado en el suelo fangoso, con un pliego colgante, alcanzó a sonreír al arceiris con su blancura menos mancillada. Un chieuelo que pasaba lo levantó, lo sacudió, y no logrando deletrear la parte legible del título, lo arrojó al estanque próximo, sobre cuyas aguas, viscosamente tapizadas, flotó como un patito agonizante, entre el coro aristofanesco de las voces palustres.

Es bien sabido que el mayor placer de un coleccionista consiste en hablar elogiosamente de sus “tesoros”: libros, cuadros, porcelanas, medallas, armas, tabaqueras o lo que fuere. ¿Habrá alguno que ponga el mismo entusiasmo, la misma voluptuosidad en decir pestes de sus valiosas colecciones? Lo hay. Disminuye el mérito de sus Rafaeles —sin ocultar que le costaron una fortuna—, se burla de las hermosas estatuas de su jardín, y aunque tiene en su biblioteca notables ediciones de Homero, de Horacio, de Cicerón, de Milton, todas suntuosamente encuadernadas, sorprende al visitante con su desprecio por esos autores.

Todo el mundo conoce a tan raro sujeto, aunque pocos lo tengan presente. Se trata del senador Pococurante, de Venecia, y se lo encontrará en el capítulo XXV de *Candide ou l'optimisme*.

Leo en voz alta y tú, a mi lado, me escuchas, callada y atenta. Pero las palabras deben cruzar tan inmenso espacio...

Se suscribe a una biblioteca circulante para seguir la pista espiritual de cierta suscriptora.

Invierno. El temible crítico recibe la última obra de una de sus víctimas con esta dedicatoria personal: “Contribución a las llamas de su hoguera”.

* *

Desde Bolonia, el 28 de octubre de 1507, Erasmo de Rotterdam escribe a Aldo Manucio, en Venecia, anunciándole el envío de un ejemplar de su traducción al latín de dos tragedias de Eurípides, hecha para su amigo William Warham, arzobispo de Canterbury. El libro, impreso en París, está plagado de erratas, y el autor desearía verlo compuesto con los “hermosos tipos” de la imprenta Aldina, fundada en 1494 y ya famosa en Europa por sus pulcras ediciones de los clásicos griegos y latinos.

Antes de terminar el año, el gran humanista y el gran impresor corrigen pruebas sobre la misma mesa del taller tipográfico.

He ahí otro asunto para Holbein que hubieran podido realizar Giorgione o Tiziano, ambos convecinos de la pareja ilustre.

La bella lectora se adormece con un libro en la mano. El libro se desliza y cae sobre la alfombra. Queda a sus pies, semiabierto, en penitente adoración, como un amante castigado.

Hilera de volúmenes en rústica de un estante de librería de viejo, con los lomos tan gastados o carcomidos que ya no conservan el nombre del autor ni el título de la obra. El visitante común echa sobre ellos una mirada pasajera, sin curiosidad ni desdén. El bibliófilo escarmentado extrae uno cualquiera, y en seguida otro, y otro... Se irá con las manos vacías, pero dormirá sin remordimientos.

Léxico. *Guillotina*: Atajo que nos priva de los voluptuosos rodeos y descubrimientos del cortapapel. *Lomo con nervios*: Entiéndase pecho condecorado.

Supongo que los felices poseedores de esos dos únicos ejemplares conocidos en el mundo, temen el cumplimiento fatalista de la sentencia popular, o sea la aparición del tercero.

El autor que dice tener comenzados tres libros, confía, sobre todo, en el cuarto.

En medio del salón-biblioteca la serpiente tallada en caoba se confunde con las raíces básicas del árbol paradisíaco, trepa enroscada al tronco y asoma su cabeza entre el follaje y las frutas, donde el atril abre los brazos y espera a un valioso infolio, a un venerable atlas. Pero se posa en él, con petulancia, un gorrioncito entrado por la ventana que da al parque.

Después de una lectura absorbente sale de su casa como un sonámbulo, proyecta la trama del episodio novelesco a la calle y corporiza los personajes en los primeros transeúntes.

Casi todos los libros de una rica biblioteca privada son hojeados; muchos, leídos; pocos, releídos.

Le regala su novela, como un espejo de mano, con la preunción de que al leerla se contemplará secretamente en la protagonista

* *

Cuenta Thomas Carlyle que durante los seis años pasados con su esposa Jane Welsh en la solitaria granja de Craigenputtock, situada en la zona desértica de Dumfriesshire (Escocia), solían dedicar las tardes a leer juntos. “Un invierno —añade— leímos el *Quijote* en el original.”

El gran escritor empleó reiteradamente en sus *Reminiscences* la exclamación española “ay de mí”, y aun duplicada. O sea: Carlyle también solía suspirar y lamentarse en la lengua de Cervantes.

¿Quién que Es no es romántico? Mademoiselle sale al balcón bañado por el claro de luna, con las poesías de Lamartine. Abre el volumen y lo mantiene un instante en alto, como una ofrenda.

Las gafas, la pipa y el lápiz sobre una mesita, junto al sillón. En la estantería próxima los libros, los libros inmóviles y expectantes... Trepas al asiento el bebé de la casa —tres años recién cumplidos— y abre su álbum zoológico.

“Los escritores ingleses de novelas policiales son, en general, excelentes gastrónomos” —comentó el ganadero patagónico en la sobremesa del club porteño—. Y añadió: “Sus perso-

rajes saben dónde comer y qué elegir. No los olvido en mis viajes a Londres.”

Abro este libro que leíamos juntos en horas felices, como si abriera una urna funeraria: busco las cenizas de un sueño.

Hojeo el *Journal* de Jules Renard, y traduzco:

“... bibliófilo, es decir, uno de esos hombres que saben que debe hojearse un bello libro volviendo las páginas por lo alto, y que tienen siempre las manos prontas por si dejáis caer el ejemplar que han entregado a vuestra admiración.”

Buscando un libro en los estantes caóticos, detrás de las primeras filas frecuentadas, os sale al encuentro otro, largamente olvidado, que parece saludaros con callado reproche o comprensiva indulgencia, grata sorpresa de antiguo amigo que asoma cuando dobláis la calle, como si volviese de vuestro más tierno pasado, y os detiene, mensajero de días y cosas, y os aparta de la dirección que llevábais, y empieza a hablaros con aquella voz sepulta y abolida, pero nunca borrada en un rincón de vuestra alma...

El más pequeño visitante de la biblioteca familiar sólo alcanza al anaquel más bajo. Tejelos semidespegados y lomos rasguñados denuncian sus hábitos gatunos. Ya pende sobre él la amenaza de cortarle la zarpa dañina.

Al iniciar en su camaranchón el tomo segundo de la gran obra, bebió medio vaso de algo turbio, encendió el fondo de la pipa, sonrió a las musas protectoras. Y mojando la pluma gloriosa, apoyó poderosamente los antebrazos velludos en la mesa coja, pero equilibrada por el manuscrito del primer tomo, sobre el que descansaba la pata más corta.

Mi poderoso vecino insiste en que vaya a conocer su casa recién estrenada. Accedo al fin y paso una hora recorrién-

dola y oyendo la descripción implacable del satisfecho propietario. Todo es flamante, reluciente y costoso. Después de ir y venir del amplio 'living' con su comedor y su bar al último dormitorio y la deslumbrante cocina; después de oír las voces del "combinado" alemán y de comprobar la nitidez del televisor británico; después de mirarlo y admirarlo todo, sin omitir una vitrina, un grabado, una jabonera, hago para mí este resumen: salvo la guía telefónica y un ejemplar de la reciente edición de "Quién es quien", no he visto en toda la casa un solo libro.

* *

Al confesar las "traiciones" de su memoria, refiere Montaigne que le sucedió más de una vez volver a tomar libros que él creía "recientes y no conocidos, pero que años atrás había leído cuidadosamente y emborronado de notas" (*Essais*, L. II, ch. X). Sin embargo, esa propensión al olvido tenía sus ventajas, como lo declara anteriormente el ensayista, pues podía retornar a lugares ya visitados y releer libros que lo recibían "rientes, con fresca novedad" (L. I. ch. IX).

Y a propósito de los *Essais*, algo de lo mucho que no ha perdido actualidad universal en cuatro siglos:

"Más nos esforzamos en interpretar las interpretaciones que en interpretar las cosas; y hay mayor número de libros sobre los libros que sobre cualquier otro asunto; no hacemos sino *entreglosarnos*. Los comentarios hormigean por dondequiera; hay gran escasez de autores."

"*Autores* —aclaró Sainte-Beuve al transcribir esas palabras, hace más de un siglo—, o sea los que aumentan realmente el tesoro del conocimiento humano."

Los abundantes blancos de un libro suelen ser un recurso para aumentar sus páginas. Pero a veces, a veces, son pausas que tienen el valor del silencio en la música.

Se lamenta con la desesperación del coro en la escena final de *Los Persas*, de Esquilo. Ya es suyo el ejemplar afanosamente buscado durante años, ¡y le falta la portada!

En estos *Recuerdos literarios* descubro sin asombro cómo el autor presenta su figura a la crédula posteridad. Es el bailarín solista que exclusivamente iluminado por un foco aislador, se mueve, gira, se traslada de un lado a otro del escenario, seguido por el brillante disco que lo abarea. Pero él es aquí su propio rayo. Todo lo demás pertenece a la sombra circundante.

Y para este otro libro de memorias infieles, extraigo de Hugo un epígrafe adecuado: *Comme le souvenir est voisin du remords!*

Conversan tres amigos:

— Pueden ustedes burlarse, pero todo bibliófilo, todo coleccionista de verdad, conoce ese llamamiento misterioso, inequívoco. . .

— Casualdades, coincidencias. Y vanidad de pescador afortunado.

— La vanidad de un coleccionista, así lo sea de cerraduras como de abanicos, se atribuye dones de elegido.

— Es innegable que hay predisposiciones, afinaciones, casi diría intuiciones. . .

— Ta-ta-tá. Voces calladas, señales invisibles, imantación de las sombras.

— Y el ejemplar único que espera pacientemente la llegada del predestinado y lo auxilia desde el fondo de un sótano, enviándole mensajes a la acera por la que transita, hasta obligarlo a entrar.

— Pues sí, señor, suele ocurrir, aunque ustedes se mofen. Y entra el “predestinado” en esa librería por primera vez y se detiene, indeciso, como si hubiera entrado en un bosque desconocido y se sintiese observado por millares de ojitos desde

los inmóviles follajes. Sabe, está seguro que entre esos volúmenes que se apilan del piso al techo, uno lo llama... Ignoramos el título, el autor, la fecha, el contenido, la apariencia, todo; pero no tardamos en reunirnos. He ido ciegamente, como guiado por algo inexplicable, y he dado con la joya que permanecía ignorada.

—Ya salió la “joya”.

— Sólo te falta agregar: “afinidades electivas”.

— Profanos incrédulos, puedo contarles innumerables casos de famosos coleccionistas de libros, de manuscritos, de cuadros, de porcelanas...

—Incluye: de dotes, de canonjías... El olfato debe ser el mismo ante la proximidad de la presa.

— Y tú, querido, debes tener hoy, día de tu cumpleaños, taponadas las narices para el husmeo... ¿cómo se dice?... ¿genetliaco? (*Saca un libro del bolsillo*). Sabemos que hace tiempo suspiras por una princesa inhallable. Verifica si es la edición que tanto anhelas.

Conozco la historia de un gran hombre contaba en anécdotas, donde Clío oculta su cincel y abre su costurero.

“Tuve en mis manos el valioso ejemplar, ¡y no lo adquirí!” se lamenta aún, después de muchos años, el arrepentido bibliófilo, con la amargura de un jugador que hubiera desechado el billete que obtuvo el premio mayor de la lotería.

Tomó un volumen del estante más próximo, buscó la página, y dirigiéndose a sus amigos leyó en voz alta:

“Bastaba echar una rápida mirada sobre su pequeña librería de *amateur* para conocer los finos gustos del hombre. Entre las trufas literarias de Brantome, de Casanova y de otros del género, Bossuet y Massillon conservaban la gravedad de las hileras; en las letras, De Laharpe, M. de Bonald, Fontanes y Chateaubriand daban la nota grave del Imperio, mientras que al lado, en ediciones monísimas, brillaban todas las perfumadas indecencias pornográficas del día...”

—¿Y bien?— preguntó cerrando el volumen y como esperando la contestación a una adivinanza propuesta.

—No hay la menor duda— se adelantó uno de los oyentes. Esa librería perteneció a un bibliófilo francés de la segunda mitad del siglo XIX.

—Y parisiense o radicado en París— agregó otro, en tono afirmativo.

— Y ese pasaje que acabas de traducirnos a tu modo —añadió un tercero— debe corresponder a un libro de...

Y nombró a dos o tres escritores franceses de fines de aquel siglo.

—Frío, frío— concluyó el lector—. Se trata de la colección de libros de un argentino en nuestra Buenos Aires del 80, y el párrafo se halla en el capítulo XIII de *La gran aldea*.

Al volver a la vieja casa después de muchos años, registra el arcón en busca del libro gustado en su juventud como una fruta jugosa. Pero lo asalta el repentino temor de encontrarse con una cáscara reseca. Y retira la mano y el corazón.

Un conocido ensayista recorre con otro escritor la exposición de la biblioteca de un amigo de ambos, en vísperas del remate. Descubre una de sus obras, con expresiva dedicatoria, y advierte que el ejemplar sólo tiene abiertos los dos primeros pliegos. Lo muestra a su acompañante, y mientras lo devuelve a su lugar comenta en voz baja:

— Hubiera preferido la virginidad...

En todo conjunto de aforismos, de Bacon a Lichtenberg, de La Rochefoucauld a Nietzsche, hay árboles que suelen ocultar al bosque y bosques reducidos a maectas.

* *

En la segunda de sus conferencias londinenses sobre Shakespeare y Milton (1811-1812), Samuel Taylor Coleridge em-

pezó por establecer cuatro especies de lectores, clasificación que, según lo documentó J. P. Collier —editor y anotador en 1856 de los apuntes que le sirvieron de guión al conferenciante— era una reminiscencia talmúdica.

He aquí ese cuarteto:

1º, el esponja, que absorbe todo lo que lee y lo devuelve en seguida, algo turbio.

2º, el reloj de arena, que nada retiene y se conforma con pasar el tiempo a través de un libro.

3º, el colador, que retiene solamente las heces de lo que ha leído.

4º, el diamante Gran Mogol, raro y precioso, que aprovecha la luz de cuanto lee, y la irradia.

También mis muertos leen con mis ojos.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Florencio Balcárces 80, Buenos Aires

